

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Una mirada histórica. La interculturalidad en la república liberal decimonónica 1849-1885.

José Eduardo Rueda Enciso.

Cita:

José Eduardo Rueda Enciso (2009). *Una mirada histórica. La interculturalidad en la república liberal decimonónica 1849-1885*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2291>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Una mirada histórica

La interculturalidad en la república liberal decimonónica 1849-1885.

José Eduardo Rueda Enciso¹

La ponencia tiene como objetivo mostrar la interculturalidad en la República Liberal decimonónica (1849-1885) colombiana, teniendo como eje la colonización, el desenvolvimiento de la economía agro exportadora, la liberación de los esclavos en 1851 y el desenvolvimiento de los resguardos indígenas, ya que durante los 36 años que duró el dominio liberal tanto el tema de las comunidades afro-descendientes como de los pueblos originarios estuvieron presentes en los enfrentamientos de los liberales y los conservadores, fueron elementos de controversia y de confrontación armada, generando intolerancia, exclusiones, segregaciones y racismo. Se hace una rápida descripción del periodo y de los énfasis que la temática intercultural tuvo; mostrando las guerras civiles de carácter nacional: 1851, 1854, 1859-1862, 1876 y 1885, la participación de negros e indígenas y las disputas periodísticas en los principales periódicos de Bogotá y algunos regionales.

¹ Profesor Titular de la Escuela Superior de Administración Pública –ESAP- Sede central de Bogotá. Grupo de Investigación Histórica sobre Problemática Pública “Radicales y Ultramontanos”.

La república liberal arrancó en la Nueva Granada en 1849 con el triunfo de José Hilario López y se alargó hasta 1885 cuando la actual Colombia se denominaba, desde 1863, Estados Unidos de Colombia. Desde la Independencia hasta las reformas liberales de medio siglo, promovidas entre 1845 y 1852, por las administraciones de Mosquera y López, los sectores interesados en el libre cambio, opuestos a la intervención del Estado en el ordenamiento de la economía, defensores de la empresa privada y de la libertad de culto, no habían podido acabar con la tradición colonial.

En esos 36 años de la república liberal se produjeron una serie de cambios políticos, económicos, sociales y culturales, siendo los más significativos una serie de fundaciones de nuevos pueblos, así como la división de otros, producto de una incesante colonización hacía las vertientes templadas y calientes, que ampliaron la frontera agrícola del país y la economía rural, motivadas por las necesidades económicas que el modelo liberal agro exportador impuso para lograr la integración al mercado internacional. Fue así como se impulsó una economía extractiva, totalmente irracional, centrada en la quina; una economía algo más estable basada en el tabaco y la caña de azúcar, y hacia finales del periodo en el café.

Pero también hubo cinco guerras civiles de carácter nacional (1851, 1854, 1859-1861, 1876 y 1885) al cabo de cada una de las cuales se expidió una nueva constitución: 1853, 1858, 1863, 1886 y una reforma constitucional en 1876. Al cabo de la guerra del 85, se promulgó la constitución de 1886 la cual rigió al país hasta 1991, su corte fue eminente centralista, al contrario de las anteriores que fueron, desde la de 1853, federalistas e intentaron debilitar el poder central y establecieron, especialmente a partir de 1863, nueve Estados Soberanos: Bolívar, Magdalena, Panamá, Antioquia, Santander, Cauca, Tolima, Boyacá y Cundinamarca, que reemplazaron a los ocho Estados Federales que había consagrado la Constitución de 1858, cuando la república pasó a llamarse Confederación Neogranadina, que se subdividieron en departamentos, distritos y aldeas pues anteriormente existían provincias, cantones, ciudades, villas, pueblos y aldeas. La carta del 86 fue totalmente confesional, a diferencia de las del periodo liberal que buscaron una libertad de culto. Durante el periodo radical el periodo presidencial fue establecido en dos años, lo que desató una “fiebre electoral bienal” que mantuvo a la república en permanente estado de tensión; con la constitución del 86 se restablecieron periodos de cuatro años.

Desde 1853 se consagró el sufragio universal, lo que significó una nueva forma de establecer relaciones interculturales pues además de fortalecer el ejercicio de la ciudadanía, como de los partidos políticos, que desde 1810 se había proclamado, se establecieron requisitos de sexo, edad, vecindad, y alfabetismo para practicarlos. Con los Estados Federales y luego Soberanos, cada una de

estas parcialidades impuso su propio conjunto de derechos individuales, libertades, como de deberes para los ciudadanos que residieran en ellos, lo que determinó la vecindad.

Además de las guerras civiles nacionales hubo infinidad de conflictos regionales y locales, la disolución de varios resguardos indígenas de la región andina, la liberación de los esclavos en 1851. Todo ello, paralelamente, motivo un desarrollo de la literatura costumbrista y romántica, como del periodismo; medios en los que se plasmó, a veces con lujo de detalles, buena parte de esos procesos.

Todo ello generó un permanente movimiento de población que impulsó dos tipos de colonización, una espontánea y otra promovida desde la esfera estatal, que se ocupó de repartir las tierras públicas prioritariamente ubicadas en tierras templadas y cálidas, comúnmente llamadas baldíos, que en 1850 sumaban 98 millones de hectáreas sin contar a Panamá, con el fin de valorarlas, ampliar los mercados locales y regionales, proveer mano de obra y rentas municipales, con lo que se mejoraron los transportes terrestres y las vías de comunicación, se introdujeron los trenes y las vías férreas. Sin embargo, el reparto solo favoreció a unos pocos, a los que poseían bienes de fortuna, especialmente empresarios y extranjeros, pues la ley fue muy clara en determinar que los pobres podían establecerse en determinadas regiones, pero solo en circunstancias específicas podían aspirar a obtener título sobre esas tierras. Es así como, por ejemplo, en la sabana de Bogotá la mayoría de su territorio estaba controlado por 30 grandes propietarios que prácticamente asfixiaron a varias poblaciones impidiendo su desarrollo municipal, junto a esas haciendas se encontraban fincas campesinas de menor tamaño.

La presión demográfica, el estancamiento productivo y tecnológico de las haciendas, y la sobreoferta de mano de obra produjo la migración de campesinos, los que se ocuparon como mano de obra en las laderas templadas durante la extensión del cultivo del tabaco, y posteriormente, a partir de 1870, en la colonización del occidente de Cundinamarca, como de Santander y Boyacá, para el cultivo del café. Desde 1840 hubo una colonización de ciertas regiones del país que se dedicó al cultivo de la caña de azúcar destinada a la producción de miel y panela o a la azúcar. En una y otra hubo inversionistas que además de introducir el cultivo y ciertas tecnologías propias de cada producto, relegaron a muchos de los terratenientes locales que no lograron adaptarse a los cambios y a los nuevos ritmos de producción, o no tenían el capital suficiente para afrontar los nuevos retos.

La colonización de baldíos se la pensó para habitar toda la variedad de tierras, desde los paramos hasta las tierras cálidas, explotar las riquezas mineras y naturales, promover industrias y empresas, importar nuevas tecnologías y semillas, lo que implicó el movimiento de grandes masas de población desde grupos afros hasta emigrantes europeos y los consiguientes conflictos pues, por

ejemplo, en las áreas químeras se presentaron pleitos, reclamaciones y enfrentamientos, muchos de ellos de carácter armado, entre cascarrilleros independientes y los empresarios, como entre estos y los colonos.

Desde la colonia, el río Magdalena era la vía de entrada al interior del país de mercancías, como de salida del interior a la costa de los productos de exportación, lo que en el siglo continuó y se trató de mejorar con el establecimiento de la navegación a vapor, no siempre exitosa, la construcción de caminos carreteros y de vías férreas. Algunos de los pueblos que quedaban a la orilla de la importante arteria fluvial mejoraron sus condiciones de existencia, pero también surgieron nuevas poblaciones que rápidamente desplazaron a las tradicionales y dinamizaron el comercio y la colonización de nuevos territorios. Fue el caso de Girardot cuya fundación data del año 1852 pero que pronto comenzó a crecer demográficamente pues acogió a migrantes nacionales y extranjeros especialmente de nacionalidad sirio-libanesa, se consolidó como el principal puerto del alto Magdalena convirtiéndose en terminal de muchos de los caminos carreteros de la región, punto de partida y llegada del ferrocarril proveniente de Bogotá, sitio de permanente contacto cultural de diversas culturas regionales y extranjeras.

En ese contexto, la interculturalidad de la actual Colombia tomó diferentes matices, el clientelismo y el gamonalismo se evidenciaron, los campesinos migrantes entraron en relación con los pobladores generando nuevas manifestaciones culturales. El desarrollo de las vías de comunicación y la tímida entrada de algunas vías férreas, como del telégrafo, fueron otros factores importantes de cambio y transformación de la cultura. Los migrantes extranjeros, sirio-libaneses, árabes, judíos, alemanes, ingleses, suecos, entre otros, llegaron a diferentes lugares del territorio nacional y se quedaron, establecieron negocios, industrias etc., sus costumbres, comidas y demás manifestaciones cambiaron en un doble sentido, tanto ellos adoptaron y adaptaron elementos de la cultura existente; los pobladores, a su vez, tuvieron el mismo proceso. La arquitectura y el urbanismo de muchos pueblos y ciudades de Colombia muestran como los migrantes extranjeros se convirtieron en factor de transformación cultural. Regiones enteras incorporaron en su dieta alimenticia elementos culinarios.

El hecho de colonizar las tierras calientes y templadas fue un cambio en la mentalidad de los habitantes de, por ejemplo, el altiplano Cundiboyacense pues, hasta el auge de dicha movilización, los de tierra fría, y especialmente los capitalinos, consideraban que Bogotá y sus alrededores era la “civilización” y la tierra caliente la “barbarie”, toda vez que eran espacios geográficos llenos de bosques y selvas difíciles para cultivar aunque muy productivos, infestados de fieras, insecto ponzoñosos y fiebres. Esa concepción hizo que las tierras templadas y medias fueran lugares de inversión para los capitalinos, pero no de residencia, en las fincas y haciendas había entonces

administradores y mayordomos que, además de manejarle las propiedades a los señores, fueron importantes elementos de manejo y control político de la población.

Las guerras civiles fueron factores determinante en la agudización de las de por sí traumáticas relaciones interculturales pues no solo causaron perjuicios físicos que dejaron un rastro de crímenes, vagancia, ruina y bandidaje; como de migración y redistribución de los espacios habitados. El normal desempeño de la economía se vio afectado pues se arrancaba la fuerza de trabajo de las zonas agrícolas y mineras. Los reclutamientos forzosos impulsaron a peones, indígenas y esclavos a ocultarse; cuando la guerra ya estaba andando la población civil huyó de sus centros de residencia, ora ciudades y pueblos, ora de sus propiedades rurales, para refugiarse en zonas de paz o de defensa, o en parajes donde no tuvieran que sufrir los devastadores efectos del conflicto. Después de cada guerra quedaba ruina y pobreza, lo que agudizó el robo, el saqueo, como las venganzas y retaliaciones, pero también nuevos ricos que se aprovecharon de las circunstancias.

Las causas de esas guerras fueron distintas: la de 1851 fue motivada por la liberación definitiva de los esclavos; la de 1854 tuvo como fin acabar y reprimir, por parte de las elites liberales y conservadoras, el único intento de gobierno popular que se experimentó en el siglo XIX colombiano, movimiento gestado por los draconianos, los artesanos y los militares, considerado como la primera aparición del comunismo en nuestro país; la de 1859-1861 significó la revolución liberal armada y el triunfo liberal, en cabeza del general Tomás Cipriano de Mosquera, contra el gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez, fue la única en que la insurgencia triunfó; la de 1876 fue motivada por los conservadores, cuyos fortines se ubicaron en Antioquia y Tolima, en contra del gobierno radical, mayoritario en Boyacá, Cundinamarca, Magdalena y Santander, mientras que los liberales independientes, encabezados por Rafael Núñez, dominaban en Bolívar, Cauca y Panamá, por los cambios en la educación y en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, como por la manipulación de las elecciones por el gobierno de la Unión; la de 1885 fue un alzamiento de los liberales radicales en contra de la unión entre liberales independientes, en el poder en ese entonces, y los conservadores.

Dos aspectos importantes atraviesan todas estas guerras: uno, el permanente enfrentamiento entre el partido liberal y el partido conservador, como de las diferentes facciones en que se dividió el liberalismo: liberales gólgotas o “cachacos”, facción formada por la oligarquía liberal radical defensora a ultranza del libre cambio, inclinados por las ideas civilistas, y los draconianos o “guaches” en la que se alindaron los sectores populares, los artesanos y los militares, conocidos también como “democráticos”, con tendencias militaristas, en los comienzos del periodo; radicales y moderados, radicales e independientes para las décadas del sesenta, setenta y ochenta. Como de

los conservadores, militaristas de arraigo popular y señorial, de mentalidad esclavista al comienzo, hasta 1854.

Dos, las siempre conflictivas relaciones entre la Iglesia, apoyada por el partido conservador, y el Estado liberal.

Tres, la reiterativa repetición del ceremonial de la guerra y en la creación de actitudes, comportamientos, lenguajes y acciones que culminaban en el campo de batalla. Perceptibles todos ellos en los bandos, pronunciamientos, reclutamiento, lemas, consignas, discursos, periódicos, hojas sueltas y cartas privadas; en donde el lenguaje siempre fue dramático, pasional y agresivo, exacerbando e incendiando los ánimos de unos y otros. Como en las acciones tendientes a conseguir empréstitos, dotación de armamentos y abastecimientos.

Los ejércitos tuvieron generales, oficiales de diferentes rangos y soldados reclutados unas veces por voluntad propia y otras involuntariamente. Pero también hubo guerrillas liberales y conservadoras, como de indígenas y afros, cuyos caudillos fueron caciques y miembros de las elites de uno y otro partido político. El caso más conocido fue en 1876 cuando existió en la Sabana de Bogotá un guerrilla conservadora llamada “Los Mochuelos”, uno de cuyos principales líderes fue el publicista, grabador y editor Enrique Urdaneta, así como prestantes hombres de la industria, el comercio y la cultura. Por su lado, los liberales de la elite bogotana formaron la cuadrilla de “Los Alcanfores”.

Desde mediados del siglo XVIII la corona española había iniciado una agresiva disolución de los resguardos indígenas de Boyacá, Cundinamarca y Santander, y el cese de los repartimientos de tierras, política que continuó durante el gobierno de la Nueva Granada; con el triunfo liberal en 1849 se incrementó ese interés por parte de los sectores agro exportadores, con la peregrina idea de “civilizar” al indígena incorporándolo a la economía de mercado y al seno político de la nación, situación que aprovecharon astutos negociantes de tierra para estafar a los indígenas; la iglesia católica no apoyó las directrices liberales pues estaba segura de la miseria en que quedarían los indígenas y sobre todo de la baja en el culto y su consiguiente reducción de entradas económicas de las comunidades religiosas. En 1851, el número de indígenas que habitaban la Nueva Granada era de 201.000.

Con frecuencia se argumentó, por parte de las autoridades liberales, el excesivo proteccionismo que desde la colonia se había tenido con las comunidades indígenas, se consideró que los indígenas estaban en todo su derecho de vender y enajenar sus tierras. Hacia ese interés, el de hacer posible la venta y arriendo de los resguardos, se dirigieron buena parte de los esfuerzos de los gobiernos liberales; se legisló entonces al respecto, lo que legitimó una práctica existente desde el siglo XVIII: la de empeñar las tierras indígenas, lo que significó que ante la imposibilidad de

devolver lo prestado el indígena perdía las tierras pignoradas. Normalmente el indígena fue engañado bien porque al no pagar perdía sus tierras por un valor inferior al verdadero, o porque cuando vendían recibían menos de lo que legalmente valían sus propiedades. Los grandes beneficiados con esa situación fueron los vecinos de los resguardos, y muy especialmente algunos inversionistas urbanos de tierras, que dedicaron las tierras adquiridas por ese sistema a la ganadería, lo que entre otras cosas encareció el precio de los alimentos, y conllevó que rápidamente los indígenas se convirtieran o bien en jornaleros, o, ante la falta de posibilidades en sus pueblos de origen, en migrantes a las tierras cálidas, donde también se dedicaron al jornaleo e igualmente sin muchos éxitos, sin superar la miseria y postración en la que habían caído. Los que lograron mantener sus tierras, a veces notoriamente disminuidas, se convirtieron en campesinos minifundistas.

El indígena simpatizó con el partido conservador y su aliado la Iglesia católica. Su respuesta a la disolución y división de resguardos fue más de carácter legal que de protesta social. Efectivamente, la disgregación de los resguardos significó romper con una tradición ancestral consistente en que la tierra era la base fundamental del ser indígena, de su cultura y mitología, por lo que adoptaron, como estrategia, levantar memoriales y reclamos ante la autoridad competente, objetar las determinaciones, especialmente las mensuras practicadas por los agrimensores contratados por las gobernaciones de los Estados, con lo que demoraron y entorpecieron el proceso. Así, algunos indígenas se convirtieron en estudiosos de las diferentes constituciones y de las leyes de la república y en verdaderos expertos en levantar permanentes memoriales y solicitudes ante las autoridades competentes.

Desde la colonia existían territorios que no habían sido colonizados, en ellos habitaban muchos grupos indígenas, en el censo de 1851 se los tazó en 120.000, el mayor número se concentraba en el Cauca con 70.000, seguido por Magdalena (30.000) y Cundinamarca (10.000) que no habían tenido contacto alguno con la cultura dominante; esa situación continuó en la república. Pero, por el auge de la economía extractiva, como de la búsqueda de nuevas tierras para cultivar tabaco y café, muchos de esos territorios, como el de San Martín, en los llanos orientales, comenzaron a ser colonizados; los indígenas allí establecidos eran considerados “salvajes” y los gobiernos liberales se interesaron en “atraerlos a la vida civilizada y reducirlos a la vida social”, lo que implicó ciertos gastos en procurar misioneros para que “los evangelizaran y les enseñaran los beneficios de la vida civilizada”. Argumentó que iba en contravía de los clásicos principios liberales, según los cuales se debía acabar con la herencia colonial española, pero, por lo menos en este aspecto, se planteó lo mismo que, desde la conquista, se había promovido por la Corona y la Iglesia

católica: la reducción y evangelización de los indígenas, objetivo en el que debían actuar mancomunadamente el Estado y la Iglesia católica, con el concurso de los particulares.

En 1821, durante la Gran Colombia, se decretó la ley de manumisión de esclavos o libertad de partos, conocida como de liberación de vientres, que fue hábilmente entrabada por los propietarios de esclavos que buscaron la prolongación de la esclavitud. Se continuó con la estrategia, establecida desde la colonia, de aniquilar e invisibilizar el pasado africano mediante la adopción del apellido del amo. A los afros que lograron su libertad, se los llamó peyorativamente como “libertos” con del fin de que no olvidaran su origen de esclavos; no tuvieron mayores oportunidades de educación pues optó por mantenerlos en la ignorancia.

En 1851, el 7 de marzo y el 21 de mayo, y por acción de las reformas liberales de medio siglo, se decretó la liberación definitiva de los esclavos a partir del primero de enero de 1852, quienes pasaron a ser ciudadanos, lo que les daba oportunidad de gozar de los mismos derechos de los demás neogranadinos; pero desde la independencia los afrodescendientes libres, como también los esclavos bozales y criollos habían sido discriminados, no se les reconoció su aporte a la Independencia, sólo se los tuvo en cuenta a la hora de conformar ejércitos para lo que se les recordó, ahí si, su condición de ciudadano, se los siguió considerando como una “raza inferior”. Con la nueva condición las cosas no cambiaron mucho pues los esclavos libertos buscaron establecerse en zonas de frontera cercanas a los viejos núcleos esclavistas, continuaron trabajando como mineros, ahora como pequeños mazamorreros, peones y mayordomos de las haciendas, o en el servicio doméstico. Se agudizó el racismo y la discriminación socioracial como una forma de dominación de clase, a los afros en general se los trató despectivamente y se los rechazó y excluyó social y culturalmente; la única forma de acceder a un reconocimiento social era mediante el “endorracismo”, es decir tenían que denigrar del color de su piel, de sus características físicas y de las culturas de sus ancestros africanos. Con frecuencia en las listas de manumisión se señaló el nombre y el vicio que tenían: insubordinación, vagancia, coquetería, perversidad, ratería, borrachera, pendenciería, holgazanería, cimarronaje, juego; se argumentó que se les había “devuelto a la libertad, pero de los vicios jamás podrían ser manumitidos”.

El número de afros sumaban, en 1851, 80.000, 16.147 de los cuales eran esclavos; algo más del 50% vivían en el Cauca, seguido por Bolívar y Antioquia, Magdalena y Panamá, en menor cuantía había reductos afros en Boyacá, Cundinamarca, Santander y Tolima. Los mulatos, hijos de la unión de afros con blancos, y zambos, hijos de la unión de afros e indígenas, sumaban 283.000 y 100.783 respectivamente.

La liberación de los esclavos desencadenó la guerra civil de 1851, motivada por un número importante de los hacendados y terratenientes de las siete provincias caucanas, vinculados al partido

conservador, que tenían en los esclavos no solo la fuerza de trabajo, sino su mayor inversión pues por lo general la mitad del valor de una propiedad estaba representado por esclavos. En Antioquia también hubo movimientos antiabolucionistas pero en esencia estuvieron dirigidos a atacar el conjunto de las medidas tomadas por el liberalismo, especialmente las que tuvieron que ver con el clero. Unos y otros fueron consientes que, con la abolición, perdían su principal riqueza y status quo, organizaron, liderados por Julio Arboleda, en el Cauca y Eusebio Borrero en Antioquia, con el apoyo de la iglesia y el gobierno ecuatoriano, la guerra que arrancó el primero de mayo de 1851. Argumentaron que las medidas liberales eran básicamente socialistas y, por lo tanto, ateas y enemigas de la familia, la religión y la patria y, como tal, contrarias a todo orden civilizado, se utilizó el fanatismo religioso para reclutar combatientes. Finalmente, la guerra fue ganada por la el gobierno de José Hilario López y los caudillos rebeldes desterrados.

Aunque existieron ejércitos regulares, el fuerte de los revolucionarios radicó en guerrillas conformadas por fanáticos creyentes, entre los que se encontraban indígenas reclutados por la exacerbación religiosa, mientras que las fuerzas liberales del gobierno contaron con el apoyo de los afros. En los sucesivos conflictos, la nota dominante fue que los indígenas pasaron a engrosar las fuerzas conservadoras, mientras que los afros conformaron las de los liberales; sin embargo, en algunas ocasiones, unos y otros formaron guerrillas que tuvieron un carácter de autodefensa. Es así como, el 28 de agosto 1860, cuando el general Tomás Cipriano de Mosquera, jefe de las fuerzas revolucionarias, pactó, con los generales gobiernistas Joaquín Posada y Braulio Henao, un armisticio informó que en su ejercito había 4.000 afros; en ese conflicto hubo una sanguinaria contrarevolución ordenada por Julio Arboleda, para defenderse y enfrentarla los indígenas de Guanacas, en el Cauca, organizaron guerrillas. El 13 de noviembre de 1862, en la montaña de Berruecos, Arboleda fue asesinado por un campesino, Rafael López, un campesino que había sido fusilado por el jefe conservador.

En la colonia el tabaco se lo cultivó con destino a la producción de tabaco en polvo y se lo consumió en la variedad de rape por las elites, el tabaco liado era consumido por los sectores menos favorecidos; en el siglo XIX se lo produjo con destino a la fabricación de cigarros. Tal cambio fue fundamental pues además de existir fábricas de cigarros, abastos de hoja, tiendas y agencias especializadas; en torno a fumar tabaco se consolidaron amistades, se discutieron negocios, se pasaba el tiempo y se disfrutaba el ocio; el echar volutas de humo se convirtió en una actividad de ricos y pobres, de blancos, mestizos, indígenas y afros. El ciclo tabacalero abarcó desde la década del cuarenta hasta mediados de la del sesenta, cuando los precios internacionales cayeron. El café trajo importantísimos cambios, el más importante quizás pero no tan significativo en la república liberal: la implantación de una economía monetaria, que aunque era simple y débil,

produjo fuertes efectos. Los inversionistas bogotanos arrendaban sus haciendas en parcelas que eran tomadas por cultivadores que pagaban ora en trabajo ora en especie; las relaciones los propietarios y los labriegos eran tensas y distantes, unos y otros mantenían tradiciones culturales diferentes propias de sus estratos socioeconómicos. En Antioquia el café era cultivado por agregados, existió mayor homogeneidad social y cultural. En Santander, el sistema de trabajo predominante fue la aparcería, las relaciones entre propietarios y trabajadores tuvo un carácter mixto, sin la homogeneidad de las haciendas antioqueñas, pero sin las distancias abismales de las de Cundinamarca. Además de los arrendatarios, aparceros, contratistas y peones, aparecieron los recolectores que permanecían en las haciendas solamente durante los ciclos de recolección de la cosecha, era una población flotante que recorría diferentes regiones y que llevaron de una a otra diferentes costumbres, modas, aires musicales etc.

La producción cafetera trasformó las poblaciones en donde se la práctico, pronto se convirtieron en importantes y dinámicos focos económicos; surgieron nuevos caciques políticos, normalmente medianos y pequeños comerciantes del grano y de insumos, que entraron en conflicto con los grandes propietarios. En Cundinamarca, por ejemplo, la burguesía mercantil bogotana llamaba despectivamente a esos personajes: “mercachifles” y “chucheros”.

Desde la época colonial, las reuniones sociales, incluidas las tertulias, que desde la época de la Ilustración y durante todo el siglo XIX promovieron la actividad cultural, se amenizaban y acompañaban en torno a una humeante taza de chocolate y de algunas bebidas espirituosas, su carácter era más bien privado. Con el auge de la economía cafetera las cosas variaron: a partir de 1870 en las ciudades, como Bogotá, se crearon clubes, que de alguna manera conservaron el carácter privado, y cafés, eminentemente públicos. En unos y otros el consumo de tabaco y café fueron predominantes, el tradicional chocolate se lo relegó al ámbito estrictamente privado, casero, el café o tinto entró al espacio privado y al público. Todos los sectores sociales aprendieron a tomar tinto, con diferentes formas de preparación; en la mayoría de ciudades, pueblos y campos a la llegada de una visita, para acompañar cualquier charla etc. se ofrecía y todavía se ofrece un aromático café.

La literatura y el periodismo son, quizás, la principal herramienta para reconstruir la interculturalidad durante la república liberal. Escritores costumbristas, en sus novelas y cuadros de costumbres, supieron plasmar a la manera de una pintura social, algunos con mayor maestría que otros, lo que las hacen muy desiguales, casi que con carácter etnográfico, las épocas, las circunstancias históricas, y las situaciones en que vivieron, expresión clara de una vida aldeana y apacible.

El caso más representativo fue el cundinamarqués Eugenio Díaz Castro con sus novelas *Manuela* (1858-1859), *El rejo de enlazar* (1873), *Los aguinaldos de Chapinero* (1873), *Bruna la carbonera* o *Aventuras de un Geólogo* (1879), *Pioquinta o el valle de Tenza* (1873), y en sus 26 cuadros de costumbres, obras en las que narró su vida dedicada al campo, trabajando, unas veces como propietario y otras como administrador, en la Sabana de Bogotá y en la “tierra caliente”, en el cultivo del trigo, el tabaco y la caña de azúcar, situaciones que le permitieron observar y adquirir un profundo conocimiento de las gentes, las costumbres y las formas de producción y organización social de los sitios en los que trabajó.

Su principal novela “*Manuela*”, es una obra de transición, manifiesta tanto las tendencias artísticas dominantes surgidas de la imitación de modelos extranjeros, especialmente la novela de folletín, como los elementos de una novela nacional arraigada en los grandes problemas nacionales de ese momento: los partidos políticos, el liberal y el conservador, y los conflictos en torno a agudos temas como el matrimonio civil; los grupos humanos característicos de la sociedad y las relaciones sociales de mediados del siglo XIX: los gólgotas, encarnados en la figura de Don Demóstenes, el clásico liberal de elite, bogotano, utopista, generoso y grandilocuente, interesado en leer, cazar, y coleccionar animales, admirador de los Estados Unidos de Norteamérica cuyas costumbres y organización social admira y propone como modelo; los draconianos, presentes en Don Tadeo, un personaje pintado como siniestro y sectario, poseedor de una fortuna, un poder y una clientela, logrados a pulso y con habilidad, concedor de las leyes que utiliza a su antojo valiéndose de antojos y artimañas, predicador de la igualdad y de la lucha de los menos favorecidos, inspirado por el socialismo utópico; el infaltable cura, en este caso tradicional, conservador republicano, totalmente adaptado a la vida y costumbres de su parroquia; los hacendados dedicados al negocio de la producción de miel y panela, los arrendatarios y las arrendatarias de las haciendas, las venteras, con *Manuela*, la protagonista o heroína, típica mujer del pueblo, con ingenio, llena de sensatez y de sentido común. Las atrasadas condiciones productivas, el mal estado de los caminos, el aislamiento, las modas tradicionales en el baile, las fiestas de corpus y otras de carácter popular, los velorios de niños y adultos, la vida campesina en los trapiches, el poder de los hacendados sobre la honra y bienes de los arrendatarios, el reclutamiento forzoso de los campesinos, las triquiñuelas y trampas de carácter jurídico, el poder de los gamonales, etc. Aunque con limitaciones, “*Manuela*” se constituye en la principal novela costumbrista.

La novela más importante del romanticismo colombiano y latinoamericano fue “*María*” (1867) de Jorge Enrique Isaacs Ferrer. Personaje que como muchos de los románticos de su tiempo participó activamente en la vida política de su patria. Aunque la novela presenta un amor metafísico

rodeado de una atmósfera fúnebre, describe magistralmente el imponente paisaje y naturaleza del Valle del Cauca como las diferentes costumbres locales.

Tanto Eugenio Díaz, como Jorge Isaacs formaron parte de la principal tertulia literaria que existió en Bogotá, la del Mosaico que funcionó, con interrupciones, entre 1858 y 1872, entidad que publicó la revista del mismo nombre desde la que se publicitaron muchos escritores y poetas. Además de la revista “El Mosaico” existieron otras publicaciones literarias como el “El Bogotano”, “Biblioteca de Señoritas”, “El bien Social”. Pero, la abundante prensa, tanto liberal como conservadora, reprodujo y publicó artículos en los que es posible reconstruir la interculturalidad, lo que se pensaba y se hacía en torno a ella. Otros espacios que fueron fundamentales para entender la interculturalidad del periodo fueron las logias masónicas, las sociedades democráticas y católicas, los clubes políticos, las congregaciones cívicas y religiosas.

Conclusiones

La interculturalidad en la República Liberal decimonónica, como antes y después de esta, debe entenderse de acuerdo a la diversidad regional que caracteriza al país, tanto en lo geográfico como en lo cultural. Ello hace que sea una interculturalidad muy variada, pluriétnica y multicultural, como lo promulgó la carta política de 1991, llena de conflictos y matices.

El país era un conjunto de regiones geográficas y culturales, pero esas regiones, a su vez, presentaban grandes diferencias, lo que hizo que la vida local fuera demasiado importante y que el colombiano de entonces, como todavía lo es, se mirara demasiado a sí mismo sin sentido de la comparación, lo que permitió que se polarizara con facilidad, situación que se agudizó con las tradicionales pasiones partidistas, y permitió crear y agudizar modalidades y mecanismos permanentes de confrontación, donde sobresalen las elecciones y las guerras, que se vivieron intensamente y con pasión.

Los procesos económicos y políticos, los ciclos de auge, decadencia y establecimiento de ciertos productos naturales, agrícolas, ganaderos y mineros marcaron cambios en las relaciones sociales y culturales. Sin embargo, hubo bajos niveles de inmigración, casi ninguna guerra internacional y los ciclos económicos fueron débiles, lo que generó una gran mezcla de muchos elementos culturales tradicionales con los de la modernidad manteniendo las diferencias regionales y aún locales; como la supervivencia de los primeros, la presencia de los segundos, riñendo unos y otros.

Las permanentes guerras civiles desataron un constante estado de conflicto, no sólo partidista y confesional, sino también clasista e interétnico, en el que se mezcló no sólo la violencia propia del conflicto, sino venganzas, retaliaciones etc. La guerra se convirtió en un elemento

consustancial al diario vivir de los colombianos en el siglo XIX, en la que el opositor y el diferente se los leyó como enemigos.

Sectores que desde la colonia habían sido considerados como “inferiores” tales como los indígenas, los afros y las mujeres, continuaron siendo excluidos y discriminados social, política y económicamente, para lo que se tuvo como estrategia invisibilizarlos.